

LOS PROFESIONALES DEL FUTURO



Por Rubén Torres

Somos testigos y protagonistas de una metamorfosis profunda en los valores que dieron sustento a nuestra sociedad; la manera de ver el mundo y comprendernos a nosotros mismos. El escritor español Vicente Verdú describe de manera magistral esas características y las contrapone con las que hasta no hace mucho definían a la sociedad: “La imagen le ganó terreno a la imaginación, y la emoción robó prestigio a la reflexión. La instantaneidad venció al proceso y el suceso puro a su explicación”.

Vivimos en un entorno de imágenes que apelan a la emoción, dejando atrás imaginación y reflexión. La televisión comunica sensaciones, y se constituyó en poderoso instrumento para influir sobre las emociones y moldear conductas de consumo, apelando a lo más primitivo de nosotros; lo opuesto a la reflexión, trabajo de introspección e interpretación con herramientas intelectuales y conocimientos, producto de la educación.

La lectura, uno de los más potentes estímulos de la imaginación, se limita cada vez más a textos muy primarios simples y directos que ni siquiera intentan despertarla. La sociedad actual está fundamentalmente basada en la satisfacción de nuestra voracidad por vivir el momento presente: es “lo que hay”, lo gozamos o sufrimos pero cada vez estamos menos dispuestos a realizar el esfuerzo de comprender los procesos que conducen a eso: habitamos el instante sin

reflexionar cómo se llegó a él ni qué sucederá después; eso requiere un tiempo que nos resistimos a dedicarle. Todo se somete a la lógica del espectáculo, a la facilidad alentada por la tecnología actual, considerando que la única posibilidad de interesar a las personas es entretenerlas, y que no tengan que realizar el esfuerzo que significa incorporar algo nuevo.

Asistimos a un peligroso declive de esa ignorancia consciente que provoca inquietud persistente conocida como curiosidad, la anestesia de esa cualidad esencialmente humana que nos llevó a conocer y modificar la realidad. A esa fascinación por la velocidad, el prestigio de lo nuevo, la obsesión por el cambio permanente, no escapa la educación. Pareciera que lo que se hizo hasta ahora tuvo resultados desastrosos, y la denigrada “pedagogía tradicional”, formó individuos estúpidos, memorizadores de informaciones inútiles, simples repetidores, desmotivados por continuar aprendiendo el resto de sus vidas, incapacitados para trabajar con otros unos despreciables ignorantes, desprovistos de juicio crítico y carentes de personalidad.

En una cultura que se horroriza ante el esfuerzo y decidió que el conocimiento de lo concreto no importa porque los datos están en las redes (antes estaban en los libros pero a nadie se le ocurría que había que ignorarlos) ha aparecido una pedagogía acorde con las aspiraciones de quienes se “aburren” con la propuesta de estudiar algo en profundidad y con seriedad, y promete un

Los médicos de hoy parecen estar demasiado entrenados en ciencias, y crecientemente poco preparados en las habilidades sociales y maneras de relacionarse con sus pacientes. ¿Pueden ser realmente holísticos en una consulta de 10 minutos?

estudiante activo, motivado, interesado en aprender toda la vida, capacitado para trabajar con los demás, y “entretenido”.

Pero las humanidades no sólo deben ser enseñadas; se deben percibir en las acciones de maestros y mentores; la enseñanza es, ante todo, ejemplo a imitar con esfuerzo: “Dar ejemplo no es la principal manera de influir sobre los demás; es la única”. Einstein dixit. El principal activo de una buena universidad es contar con buenos profesores; que sus alumnos entren en contacto con personas excepcionales, las vean, escuchen, las sientan pensar, para que el fervor de quienes buscan desinteresadamente la verdad y ayudar al otro que sufre, persista en ellos, y por el resto de sus vidas o carreras, en muchos casos rutinarias, lleven dentro una defensa contra el vacío interior.

En el contexto de una práctica médica guiada crecientemente por consideraciones económicas, es más importante que nunca educar además de entrenar al futuro médico para que conserve el núcleo de convicciones que han distinguido a nuestra profesión, hoy gravemente amenazada.

La tecnología está cambiando el modo en que practicamos la medicina superando su objetivo esencial: la atención prestada al que sufre. Se medicalizó la vida, a menudo, a través de consejos que penetraron toda la sociedad, a través de los medios y la publicidad. El aparato político-económico (productores de tecnología, prestadores y organismos regulatorios) y la profesión organizada refuerzan la visión científica de salud y enfermedad e identifican la atención de buena calidad con el empleo de la tecnología más reciente y costosa, y debilitan la síntesis clínica del médico experimentado que practica su arte formado de juicio clínico, compasión y comprensión humana, capacidad clínica de escucha y la de actuar como abogado del paciente.

Hoy tratan de hacer de ello una ciencia

como la matemática o física, pero siempre estará firmemente enraizada en el territorio de los asuntos humanos, con toda la incertidumbre, subjetividad e irracionalidad que inevitablemente supone. Los médicos de hoy parecen estar demasiado entrenados en ciencias, y crecientemente poco preparados en las habilidades sociales y maneras de relacionarse con sus pacientes. ¿Pueden ser realmente holísticos en una consulta de 10 minutos? Exudan ciencia pero dominan muy poco el arte de la medicina, aunque sean artistas peculiares que deben contar con una sólida base de conocimiento científico.

Todos nosotros conservamos el recuerdo del esfuerzo que nos demandó educarnos y vivimos en una sociedad que mira con espanto toda apelación al esfuerzo. La “sobrecarga de información”, definida por Toffler en los 70 exige cada vez con mayor premura revisar los métodos de diseño curricular, brindar la flexibilidad necesaria para que nuevos contenidos puedan ser incorporados sin necesidad de modificar el plan hasta que transcurran tiempos razonables, y las carreras puedan mantenerse acordes con el estado del arte de sus disciplinas.

Más que en contenidos específicos quizás haya que focalizarse en competencias genéricas: las capacidades de aprender a aprender, de colaborar con otros, de encontrar, evaluar, analizar, organizar e internalizar información para la resolución de problemas. Probablemente, la clave esté en enfocar en el desarrollo de competencias, y el dominio de estructuras conceptuales básicas, antes que en multiplicar contenidos.

Tareas enteras aparecen y desaparecen a un ritmo inédito en la historia, y las carreras tradicionales deben virar hacia procesos formativos más breves y flexibles como los que demandará el futuro; o seguiremos preparando a los profesionales del futuro para trabajos del pasado. 

Más que en contenidos específicos quizás haya que focalizarse en competencias genéricas: las capacidades de aprender a aprender, de colaborar con otros, de encontrar, evaluar, analizar, organizar e internalizar información para la resolución de problemas